

defecto que se reconoce en toda la civilización china: no está meditado profundamente, sino que se basa más bien en ciertas preocupaciones.

Falta la profundidad como en todos los productos de la inteligencia china. Sus recursos materiales no bastan para alcanzar los fines del Estado: la Hacienda, los ejércitos y los caminos se encuentran en malas condiciones. Por espacio de millares de años la posición del país ofrecía á los chinos la posibilidad de un desarrollo independiente, sin temer la competencia de otros pueblos. La dirección paterna y el cumplimiento de ciertas tareas, como lo demuestra el sistema de los exámenes gubernativos, que un conocedor tan perfecto de los chinos como Medow juzga el principal elemento para producir esa uniformidad, que une con tan estrecho lazo al pueblo chino y al propio tiempo es causa del estancamiento, reemplazaba á las pruebas del fuego por las cuales debe pasar el que lucha por la existencia, así los pueblos como los individuos. Esta situación, sin embargo, no fué un obstáculo para los chinos en el terreno económico; se apoderaron de todo lo útil de los pueblos extranjeros, á pesar de lo cual políticamente, el país ha continuado siempre en la misma situación.

La población de China representa una fuerza grande, pero difícil de dirigir. Aunque nadie considere perfectamente exactas las cifras de los habitantes de aquel imperio, los errores podrán consistir en decenas de millones, pero no en centenares. El último censo, el de 1842, arrojaba 414.686.994 almas, y esta es la expresión aproximada de la verdad. Algunos opinan que, á causa de los estragos producidos por las revueltas, no se debían contar más que 350 ó 380 millones, y otros aseguran que el número de 400 millones es el más exacto. La disminución de la población de Alemania en la guerra de los 30 años parece una ligera repetición de las horribles matanzas que la guerra, con su séquito destructor, causó repetidas veces en China. Se calculan las pérdidas, en las sublevaciones de los taipinges y ninfeys, en 13 millones de almas. Las guerras eran frecuentes en la antigua China, y si es posible, más sangrientas aún que hoy día. Después de la caída de una dinastía, de 220 y 240 millones antes existentes, quedaron solamente 8 millones. Estas pérdidas de población tan horrosas, jamás se han conocido en Europa, ni siquiera cuando la asolaban las más espantosas epidemias ó las más encarnizadas guerras.

La historia de la China durante muchos siglos se reduce á someter sus habitantes á las tribus bárbaras, que moraban en su territorio, ó á ser expulsados por ellas, y si por fin han conseguido un dominio seguro sobre el Asia del Norte y del Este, lo han debido principalmente á la civilización. Los chinos conocen perfectamente el arte de colonizar, y esto mismo ensanchaba los límites del imperio en una vasta periferia. China estaba colocada en relaciones dudosas con los pueblos vecinos, pues nunca había efectuado una verdadera conquista política. Corea y las islas Liu Kiu pagaban tributo á la China, al mismo tiempo que al Japón. Todavía no sabemos qué partes de la Mandchuria, de la Mogolia y del Tibet, Estados todos que dependen más ó menos de la China, se puedan considerar verdaderamente como provincias de este imperio. La imperfecta estadística de estas regiones que descansa sobre datos incompletos, dice que el Celeste Imperio por ahora se debe considerar comprendido en las fronteras de la China propiamente dicha.

Mientras los chinos extendían transitoriamente su dominio en los países á orillas del Ili y de Tarim hasta el Iravadi y los valles del Nepal, trataban de abarcar todo lo que

era dable alcanzar desde el punto céntrico de su poder, pero no pudieron naturalmente conservar este todo, que se iba fraccionando por un lado ó por otro. En medio de tantos cambios proseguía la conquista del trabajo, de la inteligencia, de la cultura y los territorios ganados por estos medios no se perdieron tampoco cuando se separaron políticamente. Con el sistema de conquista creado por la China especialmente en los últimos dos siglos, ha adquirido la Mandchuria del Sud y la Mandchuria central, todas las partes fértiles de la Mogolia, Formosa y otras islas. Asimismo inundó el Tonkín y Siam de una población china tan numerosa que ahora es una simple cuestión de tiempo para estos Estados el ser verdaderamente chinos. En el Turquestán oriental, aunque esté tan lejos de la China propiamente dicha, el actual soberano no ha podido borrar las huellas de la civilización china, aunque haya hecho matar 50.000 hijos de este país.

Se considera el gobierno chino como un despotismo patriarcal, pero la misma vasta extensión del imperio contradice la idea, que ya no puede ser más que una teoría y un recuerdo histórico. Se le sigue calificando de patriarcal para ocultar la realidad de un gobierno oligárquico, cuya autoridad descansa en algunos gobernadores. En la China no habrá nunca centralización según el sistema francés, pues aun cuando el emperador se tiene por único jefe del pueblo, no es tal; eso no pasa de ser un deseo que jamás llegará á la categoría de hecho, á menos que un hombre de genio, de firme voluntad y actividad incansable y además modelo de monarcas, esté á la cabeza del Estado. La conservación de las antiguas costumbres es una de sus principales tareas. Los grandes méritos de Yus, uno de los más nobles soberanos de la antigua historia, fueron el restablecimiento de los lazos de familia, el cuidado que puso en la mejor alimentación del pueblo y la observancia de los ritos fúnebres y de los sacrificios. Kanghi relata en sus memorias que en el sexto mes pasó por un arrozal que debía dar la cosecha en el noveno: vió una planta más alta que las demás, la cogió é hizo experiencias con su semilla, observando que maduraba siempre hacia la misma época, y este es el arroz que se planta universalmente en el Norte del grande imperio. De esto se deduce que un sabio monarca no debe descuidar la menor cosa que pueda ser provechosa para su pueblo. El arroz de que hablamos, prospera en los terrenos secos, sin necesidad de riego. Ya anteriormente algunos emperadores habían compuesto obras muy notables sobre la agricultura y la cría de los gusanos de seda. Sin duda varios emperadores se sintieron penetrados de las obligaciones que les imponía su misma absoluta autoridad y tuvieron presente la máxima de Yus: «Acuérdate de que la primera virtud del buen monarca consiste en alimentar bien á su pueblo.»

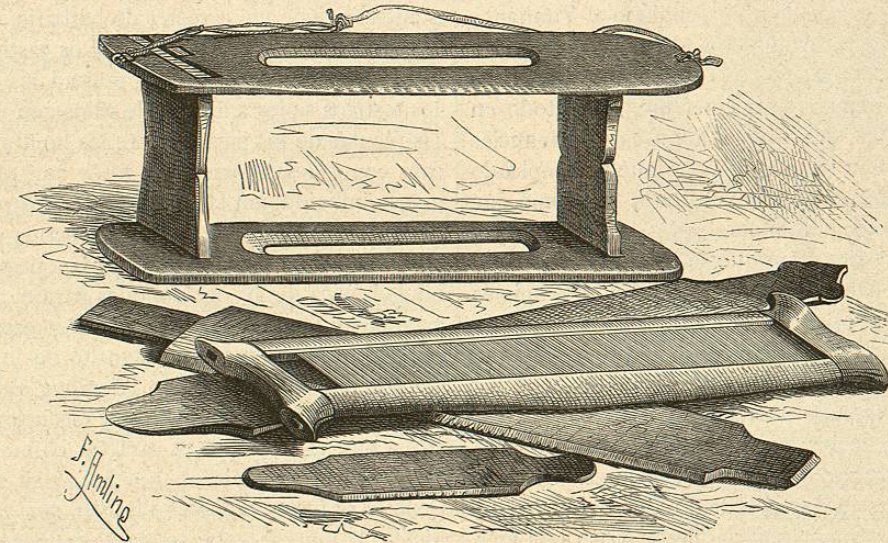
El emperador chino, sin embargo, conoce la importancia del elemento teocrático en la monarquía. Cuando Kienlung prohibió la propaganda cristiana en el imperio, le rogaron tres jesuitas, que entonces estaban en la corte de Pekín, que se dignara levantar esta prohibición. Su respuesta demostró que temía al cristianismo tan solo porque habría rebajado su autoridad; que nada recelaba de ellos ni de su ley al presente, pero que los cristianos se dirigían especialmente á los descontentos, los cuales seguirían sus consejos. Las persecuciones de los cristianos en el Anam fueron excitadas y aun dispuestas por la China.

El emperador tiene un consejo de Estado. En las primeras horas de la mañana, cinco de sus individuos tratan de los negocios á presencia del soberano. Uno de sus deberes más importantes es la decisión de la vida ó la muerte

de los culpables que están en la cárcel, cuyos nombres se envían de tiempo en tiempo desde todas las partes del imperio. Entonces el emperador, guiándose muchas veces tan sólo por la casualidad, señala con un pincel mojado en tinta encarnada, cierto número de nombres, y éstos son condenados, mientras que aquellos cuyos nombres no llevan, después de varias veces de haber estado en las listas, esta señal de muerte, son puestos en libertad cuando ha transcurrido algún tiempo. Raras veces el emperador se muestra en público. Cada año preside la elección de los candidatos á la dignidad de mandarín, que han sufrido el examen más difícil. Las corporaciones centrales son diputaciones provinciales; luego hay el ministerio del interior, de hacienda, de guerra, de justicia, de obras públicas y de ceremonias; á estos se añaden algunos despachos centrales para países tributarios, por ejemplo, la Mogolia y el Tur-

questán oriental, y además direcciones de menos importancia.

Los virreyes que mandan en una ó varias provincias, tienen mucha autoridad. Quince provincias están reunidas en ocho virreinos, las tres restantes tienen á su frente gobernadores. Chen si, Kansu y Kujukoto con los países de la Mogolia tributarios en el Occidente, están todos bajo el gobierno de un virrey. El virrey de un territorio tan extenso es independiente de hecho, con tal que no se le acuse de fraguar intrigas contra el gobierno de Pekín. Decreta impuestos, paga el ejército y en algunos casos la armada, es juez sin apelación en la mayoría de los casos; pero en cambio tiene toda la responsabilidad, pues el gobierno de Pekín no le ayuda en lo más mínimo. Sin embargo, no puede destituir á los empleados inferiores, sino informar á Pekín, donde estos informes, acompañados con las correspondien-



Antiguo telar japonés y accesorios para tejer (Museo de la Ciudad. Francfort en el Mein.)

tes sentencias, que consisten casi siempre en la pérdida del empleo, se publican en el diario del gobierno. Todos los empleados, así militares como civiles, ejercen omnímoda autoridad sobre sus inferiores, siendo la responsabilidad igual para todos. El poder del virrey que á pesar de la limitación indicada, es una potencia más real que la del mismo emperador, se reproduce en todas las categorías. No tan sólo los gobernadores de las provincias parecen sátrapas, sino que cualquier jefe de despacho se considera una autoridad, como lo pueden atestiguar los viajeros europeos, condenados á mil vejaciones por la desconfianza de todos los mandarines. Uno de los primeros cuidados del gobierno es impedir las relaciones de los gobernadores y virreyes, para que no lleguen á confabularse contra Pekín.

Los funcionarios provinciales creen que, así como el hijo del cielo (el emperador) no debe abandonar el recinto de su palacio, así tampoco ellos deben viajar por sus provincias. Las ocupaciones literarias pesan mucho sobre la mayoría de los empleados chinos; el emborronar mucho papel es, para los chinos, el carácter distintivo de la útil y activa burocracia. Los censores representan la vigilancia inmediata del gobierno central sobre las provincias. Son indulgentes con respecto á los errores de escasa importancia, pero desapiadados para las faltas graves. Sus informes en el diario del gobierno descubren las profundas heridas del Estado. No tan sólo el vicio de fumar opio, la pereza, la indolencia en el despacho de los negocios ó la ignorancia, sino que también los más graves delitos contra el deber y la ley, se anuncian al pueblo con absoluta sinceridad.

Nunca faltaron buenos diplomáticos en la China, pero no ha habido muchos hombres de Estado en un sentido más elevado. Sosnowski, que en 1875 conoció el virrey de las provincias occidentales, Tso Tchungtang, uno de los más distinguidos, dice lo siguiente: «He vivido cerca de dos años en China y he estado en relación con todas las clases de la sociedad, paisanos y militares, sabios y hombres vulgares, pero he visto pocos chinos tan ilustrados como Tso Tchungtang, cuyas preciosas ideas y exactas noticias acerca de Rusia me sorprendieron. Después de haber concluido sus estudios, empezó su carrera en Hunán luchando contra los rebeldes taipinges; después fué gobernador de Fukíán y en 1868 ocupó el empleo importante de gobernador general en el Changán. No posee grandes talentos militares, pero sí una capacidad organizadora y administrativa en alto grado; es sincero y honrado. Había descubierto que los desórdenes procedían de la corrupción de los empleados y oficiales, fundó fábricas de armas, almacenes de provisiones, arsenales, iba él mismo á todas partes; enfrenó y apaciguó por esos medios la revuelta é infundió una nueva vida en el montón de ruinas que le fué entregado.»

La base realista de la civilización china domina también en los empleos. La utilidad material inutiliza el procedimiento regular de los estudios y el juicio de los censores. Es sabido que el gobierno chino no encontró, para enfrenar á un hijo desobediente y célebre pirata, otro medio mejor que nombrarle almirante general de la armada del imperio. El célebre Tchungtang era también uno de los rebeldes

taipings, pero más adelante se pasó al partido imperial. La ley manda que los hijos de prostitutas, comediantes, verdugos y carceleros, no tengan derechos políticos, pero no se opone á que se concedan éstos á los delincuentes, hijos de padres honrados, cuando lo exija el interés del Estado.

La corrupción es consecuencia de la codicia que domina en ese pueblo, y esteriliza los laudables propósitos de los antiguos legisladores y modernos soberanos. Existen, por ejemplo, en cada provincia graneros, en los cuales se deposita cierta cantidad del tributo de arroz, destinado parte á los pobres, parte como pago ó vendido barato antes de la cosecha, renovando anualmente el depósito; pero la corrupción no deja llegar siquiera la tercera parte á las manos de los pobres. Este sistema prevalece aún más en los asuntos militares. Cooper encontró en Tchungchau varios mandarines militares y 150 soldados que representaban un ejército de 40.000 hombres, enviado al Yunnán, y cuyo general se había repartido con el virrey los sueldos de todo este ejército. La escasa paga de los empleados que desde hace mucho tiempo es insuficiente, sobre todo en los puertos de tráfico, les obliga á buscarse ganancias ilícitas. De poco sirve la ley que dispone que un empleado no pueda ocupar á un pariente en su ramo; lo mismo que la que prohíbe sea colocado un empleado en su provincia natal, ó los crueles castigos con que se amenaza á los transgresores. Siempre ha habido virreyes y gobernadores infieles que cerraban los ojos sobre los abusos de los empleados inferiores, con tal que les fuesen también provechosos á ellos. El inspector de aduanas Hanki de Cantón, con un sueldo de 2.400 tael (20.000 pesetas), se retiró con un capital de 300.000 tael, de los que al rendir cuentas en Pekín tuvo que entregar 100.000 á sus superiores. Un empleado de Kueitchou fué estrangulado por haber hecho pagar á los montañeses miaotses ilegalmente 6.057 tael más de lo que debían satisfacer. Estos dos casos son diametralmente opuestos.

El mismo pueblo contribuye á semejantes desórdenes; acostumbrado á injustas exigencias, las sufre sin murmurar hasta cierto punto. Sabe muy bien que lo contrario de tales procedimientos es lo justo y así lo demuestra con los honores que tributa á los empleados honrados cuando abandonan su puesto. Gray dice que en 25 años no vió más que á un solo mandarín que al dejar su cargo recibiera sinceras demostraciones de pesar y agradecimiento del pueblo. En una larga manifestación popular descollaban las sombrillas de seda consagradas al objeto de esta demostración y 300 tablas encarnadas, en que brillaban en letras de oro mil honrosos títulos, como el amigo del pueblo, el padre del pueblo, el bienhechor de la ancianidad, la estrella de la provincia, etc. De trecho en trecho había comisiones delante de los templos que pronunciaban discursos y ofrecían bebidas y dulces. Ni Confucio ni Mencio han negado que si los súbditos tienen el deber de la obediencia, el soberano y los dignatarios tienen el deber de velar fielmente por el bienestar del pueblo. Además estos sabios y otros dicen que no es tan sólo un derecho, sino un deber del pueblo el resistir al emperador hasta arrojarle del trono si se aleja del camino de la justicia y de la virtud. El pueblo chino, dócil y paciente, ha puesto en práctica en no pocos casos esta máxima. Hace siglos que cada diez años hay una sublevación en alguna provincia. El tenaz olvido del deber en los soberanos ha sido causa de grandes revoluciones. La rebelión de los ninfeis fué motivada por las inundaciones del Hoangho, pues como el gobierno no se había cuidado de los diques, anegó todo el país y destruyó los caminos que

ponían en comunicación las partes más ricas con las más pobres del territorio. Los chinos no tienen vivas pasiones religiosas ó políticas, ni abandonarían su país por simple malestar en las esferas de la religión ó de la política, como tantas veces ha sucedido en el Occidente. Sólo cuando las condiciones políticas causan una opresión material, elevándose lamentos y amenazas, y mientras en el interior el descontento se traduce en motines, el pueblo de las fronteras escapa, por medio de la emigración, al yugo del sistema defectuoso. Las regiones más pobladas, en las que el individuo con más duro trabajo se gana la vida, no son las más revoltosas, prueba de la paciencia y templanza del pueblo chino. Pero el carácter firme de este pueblo hace prever que en él no muere fácilmente el germen de la oposición y de la rebelión contra el sistema reinante.

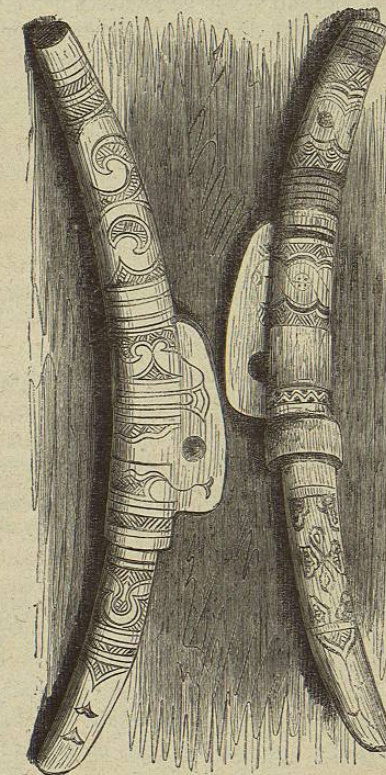
La administración de la justicia no se exime tampoco de la misma corrupción que es la norma de todo el gobierno, y además tiene un carácter de barbarie, que es uno de los mayores baldones de la China. Los castigos corporales son tan crueles como variados y tanto á los culpables como á los testigos se les aplica el de palos con varas de bambú en las plantas de los pies ó entre los hombros y azotes en la cara con gruesas correas. A estos hay que añadir el tormento infligido con tal multitud de instrumentos, que justifican la opinión varias veces repetida por médicos europeos, de que ni los chinos ni los japoneses tienen la sensibilidad física de los occidentales para el dolor causado por cuchillos y tenazas. Las infinitas representaciones de mil varias torturas son asunto favorito de los pintores chinos; grandes emperadores, como Kienlong, presenciaban, sin la menor repugnancia, tormentos y ejecuciones: todo lo cual arroja mucha luz sobre el carácter chino y demuestra que esa nación no aprecia en mucho ni su vida propia ni la ajena. Las penas capitales también son varias. Para el parricida, la muerte lenta; se ata al delincuente á una cruz, y se le dan de 8 á 120 cuchilladas, según la voluntad del juez; luego se le atraviesa el corazón, y en fin se le descuartiza. En el año 1877 el diario de Pekín refirió diez ejecuciones semejantes, y uno de los reos estaba loco. La ejecución ordinaria es la decapitación con una espada. El verdugo, por el frecuente ejercicio, adquiere suma habilidad en cumplir su obligación rápidamente. Douglas vió decapitar en Cantón á 36 hombres por dos verdugos en menos de dos minutos. La repugnancia supersticiosa de todo chino á la mutilación, les hace preferir la estrangulación á la decapitación; su forma menos cruel es el envío de un cordón de seda, lo que significa que el culpable se debe estrangular con él. A los desdichados reos se les hace comer antes de ir al lugar del suplicio, manjares mezclados con drogas embriagadoras. Las condiciones de las cárceles chinas son horribles por la oscuridad, la humedad, la aglomeración de prisioneros y los insectos asquerosos. Cuando después de la toma de Cantón en 1859, se abrió la cárcel principal, los soldados ingleses no pudieron soportar la pestilente atmósfera que se respiraba; allí yacían hombres apaleados y llenos de sangre, prisioneros desollados por las pesadas cadenas y las argollas de hierro, y con ellos los cadáveres de los que habían sucumbido. En el Diario de Pekín se publican tan á menudo noticias sobre castigos aplicados á los carceleros excesivamente crueles ó negligentes, que se ve claramente que el mismo gobierno reconoce los defectos de que adolecen las cárceles y el mal estado en que en ellas se tiene á los presos. Las leyes chinas distinguen delitos acompañados de violencia ó sin violencia. Los últimos se castigan de una manera relativamente sobrado blanda, las más veces exponiendo al criminal á la vergüenza. A veces

se le perforan las orejas con flechas y de ellas se cuelga un papel en que está descrito el crimen.

La antigüedad de la civilización china, su base de una numerosa población laboriosa, la agricultura, la falta de costumbre de la guerra no han podido borrar completamente ciertos rasgos característicos, que recuerdan la vida nómada. Dice el baron Hubner: «Pekín es un campo de bárbaros. En medio está la tienda del caudillo, que sirve también de asilo á los que labran la tierra. ¡El nómada protegiendo al campesino! Esta es verdaderamente el Asia. Ahora concibo el respeto que tienen los pueblos de este continente á Pekín que, en su imaginación, es la ciudad de las ciudades, el paraíso terrenal, el centro del mundo. Para mí es el tipo de las grandes capitales bíblicas.» La tribu de familias, ó sea el *clan*, es el fuerte lazo que une esta nación, como ha sido siempre la firme unidad en las potencias mogolas ó tártaras. Es verdad que, en la tradición china, la tribu ha tomado otra forma, pero la importancia de su ser no ha sido tampoco desconocida por ella. Dice una tradición que el emperador Ping-ton llevó primero 20 *Sze*, otro emperador los aumentó á 100, partió el país entre sus 99 hijos y guardó una parte para sí mismo. Comunmente los libros chinos hablan de las cien familias como de las originarias, cuya descendencia no desapareció tampoco en las revoluciones de la historia más moderna, sino que, al contrario, se conservaron como el verdadero núcleo de la nación, aun cuando las demás formas importadas quedaron aniquiladas. Puede ser que la distribución del terreno se haya conservado, y si alguna vez son dignos de fe los analistas chinos es cuando relatan las funestas consecuencias que produjo la destrucción de aquellas condiciones en la propiedad. En el siglo XIII, dicen, el terreno no estaba bien repartido en el Sud, pertenecía en gran parte á ricos propietarios, y los motines de los pobres, echados del terreno que habían poseído sus padres, contribuyeron en mucho á la ruina del país. Los legisladores trataron tan sólo en la forma de conservar la antigua división de tribus, prohibiendo el matrimonio entre individuos de una misma para llevar sangre nueva á todas y evitar la degeneración. Así sucedió que los habitantes de una aldea, que llevaban casi todos el mismo nombre, formaron un *clan* unido por estrechísimo lazo, y es probable que tales condiciones hayan fortalecido el amor á la patria. La administración de las aldeas es enteramente patriarcal; los habitantes están gobernados por un consejo de ancianos, muy respetados, elegidos á la suerte entre los mejores. A veces el jefe es un verdadero patriarca. Las aldeas tienen relaciones entre sí, alianzas de mutuo amparo, que se pueden comparar á las de los gremios en las varias ciudades de Alemania, en el tiempo del derecho feudal. Estos *clans* conservan relaciones con los suyos aun cuando hayan salido del país. Las sociedades secretas, que reúnen á los chinos emigrados con una fuerza y perseverancia inconcebibles para los extranjeros, tienen en su mayoría su origen en las alianzas de las antiguas tribus. Como aquéllas, respetan las fronteras del gobierno, pero llenan los vacíos por medio de su propia actividad. Gutzlaff escribía en 1831 acerca de las sociedades secretas de Cantón y sus alrededores: «A excepción de la Triad Society, que hace algunos años provocó un motín sin resultado, son perfectamente obedientes. El mismo gobierno no se sirve de ellas muchas veces para descubrir crímenes ó cosas semejantes. Pero con frecuencia lo hacen por su propia cuenta.» Tampoco son raras en la China otras asociaciones parecidas á la que se formó durante los cincuenta años de desórdenes, llamada el *Toro viejo*, y que se constituyó contra los ladrones y salteadores; estas asociaciones

proceden absolutamente como la ley de *Lynch*. La costumbre de reunirse rápidamente y con libertad, favorece á los chinos emigrados en muchas de sus relaciones con los extranjeros. Trabajan mejor dirigidos por jefes de su propia elección que por extranjeros.

Este afán de asociación produce reuniones muy originales. Cuando se constituye una sociedad, cada cual al principio del mes paga una cantidad fija: las cuotas reunidas se colocan á interés, y va aumentándose el capital hasta el último mes. Por este medio es posible reducir el número de los empleados á un *mínimum*. Pero las dos esferas, la autónoma y burocrática, quedan totalmente separadas: la autonomía no es tal como la entendemos nosotros, fundada



Cuchillos de monte de los ainos (Según Siebold) $\frac{1}{2}$ de su verdadero tamaño

en la libertad de la razón y de la voluntad; ese sistema se basa más bien en la docilidad innata del pueblo. Se la puede considerar como un segundo gobierno, pues los empleados rigen autocráticamente la masa que sufre muchas cosas con tranquilidad, pero al fin y de improviso se levanta con la impetuosidad de un rebaño, del mismo modo que á manera de rebaño se había dejado guiar.

Una cualidad principal de China, falta principal para los europeos, es la poca importancia de su fuerza militar. En una época guerrera como el siglo XIX, la cultura china parece despreciable al ver lo débil que es aquel pueblo contra nuestros ataques. Lord Elgin tenía razón cuando decía: «Si los chinos hubiesen vencido á las tropas de Inglaterra y Francia en el campo de batalla, nadie diría que la civilización china está atrasada.» El chino es comparable á otros asiáticos, y aun les lleva ventaja, como se demostró en los últimos decenios, en que se descubrió que la fuerza militar china no es tan despreciable como pretendían muchos, Gordon, que supo llevar á la victoria á los chinos desmoralizados, cuando la rebelión de los taipings, decía en 1880 en una memoria que fué entregada al poderoso gobernador general Li Hung Tchang, que la China posee una antigua organización militar y que ésta no se debe alterar, pues que corresponde al genio del pueblo. Y continúa en estos tér-